

PRÓLOGO

Reconocer la *Paz en la Historia* es, en estos tiempos, una tarea que adquiere gran importancia cuando no urgencia por la propia caracterización del momento histórico que vivimos. De un lado, para una comprensión «generosa» de nosotros mismos, en la que reconozcamos nuestras «bondades», como característica cultural y ontológica, en nuestro devenir histórico, que nos permita una perspectiva altruista, filantrópica y solidaria de nuestro futuro. De otro, porque la humanidad no ha sido capaz, todavía, de abolir la violencia y la guerra como instrumentos de la política, como epifenómenos y consecuencia del miedo y la falta de confianza en el propio género humano para resolver muchos de sus conflictos de una forma más pacífica y menos catastrófica.

Cualquiera de los procesos de transformación social y política experimentados a lo largo de los siglos y, particularmente en las últimas décadas, ha estado relacionado con la conquista de nuevos horizontes de libertad y realización colectiva. Se ha hecho apelando a la necesidad de que se sustentaran sobre una paz duradera, justa y generosa. Además, sus experiencias de *paz*, de una *Historia de la Paz* y de convivencia, no sólo nacionales, sino también las intentadas por otros pueblos, se han constituido en un patrimonio esencial para favorecer el éxito de los procesos.

Asimismo, las intenciones de superar viejos conflictos, mediante la *institucionalización de la paz*, se han hecho sobre la confianza del desarrollo democrático y el respeto a los Derechos Humanos. Si bien estos son denominadores comunes, también se puede hablar de carencias y, sobre todo, de destacadas singularidades y particularidades, algunas de ellas completamente insatisfactorias y, otras por el contrario, modélicas. Este

tránsito vivido de las dictaduras civiles, militares, de partido, o segregacionistas a regímenes democráticos, participativos y de libertades permite contemplar -a la luz de las fuertes implicaciones que ha tenido la teoría y aplicación de la *Investigación para la Paz* en ello- como la construcción de una *Historia de la Paz* que sea referente para futuras generaciones y como una muestra evidente de que la construcción del futuro se hace sobre la base del profundo conocimiento del pasado y de las potencialidades del presente. La interdependencia planetaria no sólo demuestra que muchos fenómenos negativos pueden afectar a partes muy distantes, sino que también los procesos positivos y creativos de *paz* acaban ganando simpatías en más y más zonas, y transformando realizadas tozudamente enquistadas.

Pues bien, reflexionar sobre la *Historia de la Paz* y, aún más, reconocer la importancia que ésta tiene supone contemplar varias implicaciones de interés. En primer lugar, las propias internas que afectan a la *Historia*, que conciernen a la disciplina, puesto que la *Investigación para la Paz* en la que se enmarca la *Historia de la Paz* es capaz de incorporar sus propios presupuestos metodológicos, nuevas categorías analíticas e instrumental de estudio que, sin duda, enriquecen las posibilidades de la *Historia* como ciencia de lo social. Por ejemplo, muestra de ello son el afán por la interdisciplinariedad como diálogo fecundo entre las diversas ciencias, las perspectivas abiertas y dinámicas de los conflictos, la prevención respecto de la utilización de modelos rígidos y estáticos de análisis que puedan hacer caer en un fácil etnocentrismo, la incorporación de conceptos como la violencia estructural, la paz positiva, una concepción abierta del conflicto, etc. Todo ello, en suma, aplicado a la *Historia de la Paz* no hacen sino fecundar y ampliar las muchas posibilidades de ésta.

En segundo lugar, la *Historia de la Paz* surge y se desarrolla bajo la premisa de compensar el fuerte desequilibrio historiográfico existente entre la valoración y extensión que se ha otorgado a la guerra respecto a la paz, y a las situaciones de crisis resueltas por medios violentos en comparación con las muchas experiencias de resolución pacífica de conflictos; si bien, en ese balance primero, lo cierto es que guerra y visión negativa del conflicto han acabado jalonando períodos históricos, han explicado y siguen informando -en los manuales y monografías- el curso de la humanidad: beligerancias o luchas como motor de las relaciones y de la propia historia, guerra como parteaguas de periodos y etapas, etc. Esa es la más evidente realidad. En este sentido la *Historia de la Paz* quiere compensar ese desequilibrio, sin menospreciar ni ignorar la otra

realidad, sino más bien ubicando a la Historia, como disciplina que recoge las experiencias humanas, en sus justos términos, contemplando, analizando y distinguiendo aquellas prácticas, capacidades y habilidades humanas para resolver pacífica y creativamente conflictos, recuperando el patrimonio juicioso, reconciliador y pacificador que ha permitido largos períodos de paz y prosperidad en el planeta, que ha contribuido a resolver los grandes desafíos humanos en materia espiritual, material o psicológica. Todo ello forma parte, también, del mandato y de la propia razón de ser de la disciplina: ayudar a comprender el presente y planificar el futuro a través del conocimiento del pasado, en el caso de la historia de la paz, un pasado de paces y guerras, de cooperación y enfrentamientos, de resolución creativa o destructiva, etc., pero tamizada por la *Investigación para la Paz*, que enfoca de manera diversa estos fenómenos y que ensancha las respuestas que nos hacemos sobre los porqués del pasado. Todo ello, con la finalidad muy legítima, de contribuir a resolver, o ayudar a resolver, uno de los grandes retos de nuestro tiempo: la convivencia en paz de los miles de millones de habitantes del planeta.

La inquietud es muy grande y está extendida. Efectivamente, desde distintos organismos e instituciones nacionales e internacionales, públicos o privados se hacen llamamientos en este sentido. La responsabilidad de los científicos sociales en general, y de los historiadores en particular, junto a otros muchos investigadores, debe de fraguarse en el compromiso permanente con tales demandas. El historiador tiene una gran responsabilidad en la construcción de imaginarios, de hitos culturales y sociales, de parámetros políticos, etc., su formación es clave para la construcción de futuros pacíficos, su juicio ha sido y es, en muchas ocasiones, determinante para la edificación de un mundo en paz. Esta relación entre ciencia y ética, un tándem indisoluble, no es exclusiva de los historiadores, sino que afecta a todos los científicos que han acabado olvidando -en aras de una supuesta mayor objetividad- que el producto final de su trabajo debe ser una relación moral entre medios y fines, o entre intereses particulares y comunidad y que debe existir una finalidad compatible con una retícula de valores humanos y humanitarios. Además tales demandas no surgen solamente de la especulación o el interés intelectual, sino que están sustentadas por las víctimas y sufrientes de la violencia, de las guerras, del hambre, de las injusticias, y de todas aquellas situaciones que no encuentran lógica ni justificación en cualquier sistema humano de ética o valores.

Asimismo, la propia historia de la *Investigación para la Paz* y los conflictos, después de un importante recorrido de más de cuatro décadas,

ha revelado que no sólo basta con la realización de notables investigaciones sobre la violencia y sus múltiples líneas colaterales: desvelar las instancias de la ésta, sus causas, sus alternativas, el origen y finalidad de las acciones de crueldad e inhumanidad, etc. Sino que es necesario desvelar con igual o mayor intensidad aquellos comportamientos y actitudes que favorecen la colaboración, la solidaridad, el diálogo, la negociación, la convivencia, etc., en definitiva todas aquellas virtudes que podríamos enmarcar en el campo de la paz y que hacen posible, a pesar de las anteriores, la continuidad de la especie humana. Ahora se ve claramente, después de años de experiencias de guerras y violencias incontroladas e incomprensibles, que es necesario, reconocer y potenciar las actitudes pacifistas en el seno de todas las actividades humanas, como si de una vacuna se tratase, buscando la inmunización y la capacidad de respuesta ante las acciones y propuestas violentas.

La *Historia de la Paz*, como cualquier otra historia, es el espejo donde nos miramos, donde validamos nuestras formas de ser y pensar, nuestra idiosincrasia, donde justificamos nuestras conductas actuales. Es el espejo que retroalimenta nuestro ser, de ahí que la *Historia de la Paz* sea a la par una apuesta por nuestro futuro. Un escenario donde en nuestra convivencia con los conflictos podamos contar con mecanismos de regulación pacífica de ellos.

Los trabajos que este libro presenta son un primer reflejo de una iniciativa nacida hace un par de años, auspiciada y respaldada por el *Instituto de la Paz y los Conflictos* de la Universidad de Granada, el cual invitó a historiadores, filólogos, politólogos, etc. para que debatieran periódicamente sobre las claves, fundamentos y consecuencias que para sus campos y desde sus perspectivas tendría el reconocimiento y la construcción de una *Historia de la Paz*. Decimos que es un reflejo -aunque muy notable- puesto que el libro, por su propia estructura formal, difícilmente podía recoger todo el dinamismo y la riqueza de los debates, entendidos como proposiciones y contra argumentaciones, como juego dialéctico y oratorio, durante los cuales los utillajes y metodologías de cada disciplina trataban de reflejar y legitimar la importancia de su aportación y perspectiva de análisis. Pero no es menos cierto que, como espejo de todo aquello, las cuestiones que unos y otros hemos aprendido en esas sesiones han sido sensiblemente incorporados a cada artículo, en tal sentido los editores hemos tenido un especial interés en que ese reconocimiento quedara agregado como parte del enriquecimiento mutuo. Pero también, difícilmente, muchas de las ideas aquí presentes hubieran

sido posibles sin el espíritu abierto y sin la profundidad con la que nuestros colaboradores se tomaron la tarea. Nuestro agradecimiento por ello, porque su carácter y su capacidad han enriquecido el resultado final de esta monografía.

La obra está compuesta de once capítulos, de los cuales uno es introductorio («El reconocimiento de la Historia de la Paz») y otro final («Hacia una Historia de la Paz») realizados por los editores. En el primero se plantean un conjunto de presupuestos para detectar y avanzar en el conocimiento de este tipo de Historia, apoyándose en la *Investigación para la Paz* pero sin abandonar las características propias de aquélla. Nos cuestionamos el modelo antropológico dominante, nos interrogamos sobre la importancia de los conflictos y necesidades, y marcamos unos ejes conductores que permitan formar una mínima retícula para reconocer la historia de la Paz, hablamos de paz silenciosa, de la semiótica, de los procesos de socialización, de las actividades de baja entropía, de la negociación, etc. Finalmente nos planteamos algunos obstáculos latentes para llegar a ese reconocimiento y se apuesta por la articulación de una nueva perspectiva conceptual: una *historia de paz imperfecta*. En el capítulo final, que en modo alguno son unas conclusiones, los editores queremos plantear -desde unas bases de una *Historia de la Paz*- aquellos tiempos, espacios y actores que nos servirán para construirla. Comenzando por los actores reconocemos en términos generales a campesinos, comerciantes, organizaciones no gubernamentales, etc. como miembros activos en esa construcción. Entre los momentos históricos hemos seleccionado la paz de Dios, la firma de tratados y los planes de paz. Para los acontecimientos pacíficos creímos que los que mejor definían el pasado y el futuro están los derechos humanos y la no-violencia. Para al final señalar que la *Historia de la Paz* se debe construir teniendo presente *toda* la Historia, pero especialmente la matriz social de los conflictos o la dialéctica entre paz imperfecta y violencia estructural, así como todas sus correlaciones, mediaciones y determinaciones. Igualmente la construcción de futuros pacíficos debe ser una de las finalidades de aquélla para crear espacios de multiculturalidad y confluencia, imágenes positivas del futuro y culturas de la reconciliación y de paz.

El filólogo Pedro San Ginés ha profundizado sobre «El concepto de paz en la China Clásica», recordándonos la importancia que han tendido el confucianismo (los ritos como base de la convivencia pacífica), el moísmo (y el amor universal), el legismo (el arte de la política como base de la paz), el daoísmo (en su búsqueda de lo natural identificado como

la no-acción) o el budismo (con su indagación sobre la paz interior) en la conformación de ese pensamiento y, también, su reflejo y relación dialéctica con el pensamiento occidental. Esa realidad oriental no es homogénea como se puede ver, sino plural y compleja, pero si hubiese que encontrar un elemento común, ese es el de la identificación entre paz y armonía, reflejada en la unión e identificación entre el ser humano y el cosmos.

«El pueblo de la *Alianza*» es el trabajo de la hebraísta María José Cano. En él se cómo desde los orígenes del pueblo judío su identidad estuvo relacionada con la alianza con Yavhé y la alianza entre los propios hombres y mujeres de las comunidades, siendo su elaboración más sublime la *Alianza de la Paz* como proyecto de futuro universal. Las ideas de paz del judaísmo, reconocibles en todos sus textos sagrados, se convirtieron en un elemento de supervivencia de sus poblaciones, como elemento aglutinador interno y de relación externa, a lo largo de los siglos de diáspora que definen su propia historia. Esta fenomenología es explicitada a través de sus raíces, sus mecanismos de regulación pacífica y sus modelos de sociedad.

Francisco A. Muñoz, historiador, en su capítulo «La paz en el Mediterráneo antiguo» busca reconocer a lo largo de las diversas realidades sociales y coyunturas históricas del Mediterráneo antiguo las manifestaciones de la paz y sus interrelaciones. En los vínculos y dependencias de las distintas comunidades y pueblos se reconocen las relaciones pacíficas que tuvieron un papel esencial en la realización de sus objetivos y horizontes. La existencia de un marco geohistórico compartido a través del conocimiento, el intercambio de información, de ideas, de productos, las relaciones de hospitalidad, la diplomacia, la satisfacción de necesidades, etc., permitió que existiera un substrato cultural común. Y la *paz* fue uno de sus componentes esenciales, que se puede reconocer a través de los diferentes símbolos semánticos y las prácticas políticas, religiosas y sociales.

El trabajo de la arabista Beatriz Molina que tiene por título «Algunas ideas sobre la paz en la historia árabe islámica» plantea interesantes cuestiones sobre la aportación islámica a la paz universal, desde las propias formas de solidaridad, armonía y concordia que aparecen en los textos sagrados de la religión de Mahoma, como en las formas de regulación pacífica de los conflictos intra y extra islámicos. Asimismo, indaga en la historia islámica vinculándola especialmente a su desarrollo mediterráneo para encontrar aquellas morfologías de convivencia y compatibili-

lidad de esta nueva cultura con las ya existentes en ese espacio geográfico, convirtiéndose el islamismo en un vehículo cultural, transmisor de conocimiento y de un patrimonio riquísimo.

El capítulo del historiador medievalista José Rodríguez Molina, «La convivencia de cristianos y musulmanes en la frontera de Granada», resulta del máximo interés por las fuentes utilizadas, la forma de desarrollar la temática y por las conclusiones a las que ha llegado. La convivencia fue un hecho -como él señala- «incuestionable» no sólo porque existieron intereses económicos y comerciales muy claros, sino especialmente por la voluntad de las partes en mantener instrumentos de negociación y de mediación permanentes que paliaran y limaran cualquier tipo de conflicto. Apoyándose en el denominado «fuero de frontera» la tolerancia permitió asentarse por muchos años, siendo los momentos de guerra y conflictos armados meras discontinuidades en ese paño pacificador.

El profesor contemporaneista, Eduardo Enríquez, ha trazado en «La paz y las relaciones internacionales en el mundo moderno» las claves de comprensión de la construcción de la sociedad internacional, los elementos de conflictividad y los paradigmas aportados por las dos grandes escuelas: el realismo político y el idealismo. Señala como resulta indisoluble al propio desarrollo de las relaciones internacionales la búsqueda permanente de la paz, base ineludible para el desarrollo de una sociedad internacional que, ya en la época moderna, apuntaba fuertes interconexiones y dependencias.

La historiadora Cándida Martínez López realiza un interesante estudio sobre «Las mujeres y la paz en la Historia. Reflexiones desde el mundo antiguo» donde analiza la conceptualización femenina de la Paz y la caracterización de ciertas prácticas pacíficas de las mujeres en la Historia, con especial atención a sus inicios en las sociedades mediterráneas. Considerando los papeles de género asignados a mujeres y varones en las distintas sociedades, establece una reflexión en torno a tres grandes líneas argumentales: que la conceptualización femenina de la Paz forma parte del discurso que sobre lo femenino y lo masculino existe en dichas sociedades; que las actitudes pacíficas de las mujeres, reales o de ficción, están ligadas, en gran medida, al ejercicio y defensa de los papeles de género que les toca desempeñar, y, por último, que el poder masculino asimila elementos considerados femeninos, como en este caso la paz, siempre que ello le sirva para significar la universalidad de su dominio.

El historiador del mundo actual Mario López ha querido reconstruir en «La sociedad civil por la paz» las iniciativas más importantes reflejadas

en los movimientos sociales, las organizaciones y las asociaciones que intentaron influir en la construcción de la paz en el mundo político, el pensamiento y la organización social occidentales. Su tesis sustenta que no se puede entender el mundo contemporáneo sin las iniciativas de esos actores, a las que se le ha dado escasa importancia y reflejo historiográfico. Un pacifismo creativo y comprometido con la humanidad y en permanente insatisfacción con la realidad, pero investigador de las potencialidades pacificadoras de aquélla.

La «expresión estética de la Paz en la Historia» es el trabajo de la profesora de Historia del Arte M^a Elena Díez Jorge, en el que se ofrece una amplia panorámica de los símbolos visuales de la paz en diversas realidades históricas. El recorrido a través de las distintas representaciones de la *Pax* romana, cuyo referente estético tuvo una amplia influencia que llegó a traspasar los límites del mundo medieval y renacentista europeo, sirve como eje central para reconocer las implicaciones de tal materia. La socialización y comunicación de los símbolos visuales, del arte, relacionados con emociones, deseos y valores individuales y grupales, los préstamos culturales, son identificados como los soportes sobre los cuales es posible recuperar una estética de la paz.